

trucos efectistas, de figuras de lenguaje que son sólo figuras. Ni nada tampoco, en su contenido, de pensamientos complicados y de retorcidas doctrinas y disertaciones; nada de enturbiar el agua a fin de que no se vea el fondo... Todo es claro, sencillo, en la prosa de este escritor; pero de una difícil sencillez.

En los sucesivos ensayos de índole biográfica, sobre Pezoa Véliz, Baldomero Lillo, d'Halmar y Pérez Rosales, hace Montenegro una sagaz interpretación de la personalidad y vida de estos escritores capitales chilenos; interpretaciones en las que aparecen psicológicamente trazados los rasgos más característicos o determinantes de cada cual. Los mismos títulos de cada semblanza lo dicen: *Pezoa Véliz, el poeta del pueblo*; *Integridad de Baldomero Lillo*; *Apreciación de d'Halmar*; *La vida andariega de Pérez Rosales*. En ellas quedan retratados dentro de un marco de humana realidad. En el estudio sobre don Vicente Pérez Rosales, encontramos en Ernesto Montenegro algo del mismo Pérez Rosales: el espíritu desenfadado y ya chilentemente castizo del prócer de nuestras letras, y, también, el sentido objetivo y filosóficamente bello de la vida. ¡Tanto colorido tiene, sin ostentarlo, una prosa sencilla y mesurada! Igual parecido creemos ver a instantes, entre el autor de *De descubierta* y el autor de *Recuerdos del Pasado*, en el último ensayo del presente volumen, en el cual el autor deja esculpida como sin querer, en sus verdaderos rasgos, la *mendaz* personalidad del caudillo Benavides.

Ernesto Montenegro es uno de los poquísimos escritores a los que el cotidiano periodismo no les ha quitado fuerza ni dimensión, y sí más bien les ha dado soltura y variedad. *De descubierta* es un libro escrito para el tiempo.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



REALIDAD Y PERSPECTIVA DE LA OBRA DE JULIO CÉSAR JOBET

Es este el caso de un hombre cuya fe no ha hecho crisis, que permanece incommovible y que, cual los antiguos cristianos, no ha

cifrado su esperanza en los caudillos sino en la doctrina, no en los hombres a los cuales sabe víctimas de flaquezas humanas, sino que cree que, a pesar de ellas, de la espantosa crisis moral por que atravesamos, es posible poner las bases para un mundo mejor, para una patria donde verdaderamente se procure el bienestar común y la felicidad de todos.

A través de sus obras yo he visto no sólo a un visionario sino también a un hombre que camina sobre ese suelo fecundo y sólido de las realidades. Que no apoya sus teorías en quimeras irrealizables, sino en el hecho concreto, en el guarismo incontrovertible, en el dato veraz y honrado.



Ya en sus primeros trabajos se adivinaba al estudioso serio, al observador perspicaz y agudo. Diríamos que sus primeras armas como publicista las hizo bajo la tuición del Partido Socialista Chileno, al cual entregó el fervor de su militancia, folletos tan fundamentales y sustantivos en su desarrollo teórico como *El Partido Socialista en la realidad nacional*, *Fundamentos del Marxismo*, y *La penetración imperialista en Chile*. Jobet se distinguió ya en aquel tiempo como un militante de doble mérito. Ante todo, era el soldado disciplinado y fervoroso que entregaba sus ideales y su amor al pueblo a través de su acción en la base del partido y en seguida, era el sociólogo, el historiador, el ensayista, el estudioso que buscaba una justificación científica a sus ideales. Y aquí, para dibujar el itinerario espiritual de este historiador —ese terrible *Camino a Damasco* de todo espíritu agonista—, no sabríamos si decir que fueron sus ideales los que le empujaron a sus investigaciones o si fué el resultado de aquéllas lo que encauzó su vida por el camino del materialismo histórico. Yo pienso más bien en una esplendorosa síntesis, ya que suele ocurrir que cada individuo trae en sus entrañas su propia verdad o cierta predisposición a una verdad determinada, de tal manera

que los años, en su decurso inexorable, sólo redondean y confirman lo que ya era realidad intuída en lo más profundo del ser.

Se adivina aquí una inmensa pasión por la verdad, una búsqueda inflexible de lo que constituye nuestra patria en su más sustantiva expresión. Aquí nos encontramos no ante un frío acopiador de hechos históricos o en presencia de un estudioso que "por que sí" hace un paseo a través de la historia, sino ante un hombre que tiene una concepción viva, vital de ella. Que no sólo procura rehacerla ajustándose a la verdad de los hechos, sino que busca encontrar el sentido de ella, su oculta lección.

Y tal vez en parte esto se explicaría porque el historiador no es simplemente un cronista desinteresado de los hechos, sino un hombre que intensa y apasionadamente procura encontrar a través de ellos, el verdadero camino, la verdadera expresión, el auténtico sentido de un país que marcha en busca de su derrotero histórico. Y Jobet no sólo escribe de la historia, sino que también la vive e intensamente, a través de su acción como militante socialista. Pero no es esto sólo; además, tendríamos que hablar de una especie de "fervor de Chile" que acaso sea más eufónico que decir fervor por Chile. Porque hay en Chile una juventud estudiosa que ha tomado en serio el concepto de patriotismo. Que habla de patria, no como la expresión de mezquinos intereses, sino con el amplio espíritu de cooperar verdaderamente en el engrandecimiento de ella. Que sufre con sus sufrimientos, que llora con sus dolores, que vive horas de regocijo cuando en su destino apunta una nueva alborada.

A esta juventud pertenece Julio César Jobet.

Mas su posición no es sólo la de quien abre su espíritu a una idea de superación nacional, sino la del investigador que ante las vísceras vivas, ante el cuerpo enfermo, ante la carne que se estremece y grita su dolor, aplica el frío análisis de la ciencia histórica, el escalpelo de su concepción socialista y receta el medicamento oportuno, la terapéutica eficaz.

Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad es la si-

guiente obra que Jobet entrega a la consideración de nuestros estudiosos. Tanto el uno como la otra desempeñaron un papel de extraordinaria importancia en la evolución social chilena. En efecto, la Sociedad de la Igualdad es la primera manifestación de una inquietud social que tal vez hubiera devenido en robustos frutos, de no acaecer su prematura y forzada desaparición. Pero durante sus pocos meses de vida se dibujó con perfiles bastante rotundos, lo que debería ser una organización firmemente asentada en los hombros del pueblo, dirigida por caudillos honrados, leales, de sólidas convicciones y con una certera visión de la realidad social imperante.

Si bien es cierto ya se había investigado la simple historia de este movimiento, faltaba analizarlo a la luz de nuevas realidades y con el apoyo de otras herramientas de investigación histórica. Esta tarea le correspondió a Julio César Jobet y gracias a sus desvelos, ha sido posible establecer en sus verdaderas proporciones, el importante papel que desempeñó Santiago Arcos en el nacimiento y desarrollo de la Sociedad de la Igualdad.

Hasta aquí, sólo era presentado como una especie de *snob*, al cual entre otras diversiones, le agradaba figurar junto a elementos de avanzada social, aunque sin participar verdaderamente de sus doctrinas. Sin embargo, ahora está claro que no sólo fué el principal organizador del movimiento sino también el que, con mayor perspicacia, supo calar, ya en aquella época, la realidad socio-económica del país y proponer soluciones, algunas de las cuales todavía conservan plena vigencia. Vemos en él al organizador tesonero, al impulsador audaz, al visionario intrépido, en fin, al dirigente que supo desenvolverse tanto en el plano organizado como en el de la educación teórica de los adeptos. Y es que los acontecimientos sociales que le tocó presenciar en la Europa convulsionada de aquella época, encontraron en él no sólo al espectador atento e inteligente, sino también al político sagaz que supo analizar los hechos históricos y obtener de ellos valiosas experiencias aplicables a su país de origen.

Tres ensayos históricos es el siguiente libro de Jobet. Reune en

él tres esclarecedores estudios acerca de los problemas de la historia, de la Revolución Francesa y de don Francisco Encina respectivamente. El primero de ellos es una especie de panorama dedicado al estado actual de los estudios históricos. El segundo resume para beneficio de los lectores, los nuevos aportes que se han hecho en la investigación de tan importante suceso como fuera la Revolución Francesa.

Tal vez el que nos interese más sea el último por tratarse de un historiador cuyas obras gozan de gran prestigio entre el público, como lo prueban las numerosas ediciones de su monumental *Historia de Chile*.

Para Jobet, Francisco Encina es el historiador que exalta el gobierno de la aristocracia chilena a cuyo servicio pone su pluma y su vasta cultura. Pero, como toda empresa realizada con parcialidad, la obra de Encina tiene puntos sensiblemente débiles sobre todo cuando, por defender a la oligarquía de la cual es miembro, olvida sus errores, sus negligencias, la torpeza con que ha manejado los negocios del estado, la vaciedad de sus componentes, la incapacidad de sus dirigentes, la escasa visión de sus representantes, su indolencia, su falso patriotismo, la inconsciencia con que llevaron al país a la bancarrota, su posición negativa y retrógrada ante todo lo que signifique hacer patria de veras, estimular generosa y desinteresadamente cuanto propenda a la grandeza de nuestra empobrecida y debilitada nación.

Y tal vez como una réplica a la obra de Encina, entrega en seguida Julio César Jobet su medular *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*.

* * *

Ahora bien, me ha correspondido tener el privilegio de ser el primero en preocuparme de una generación que he denominado de 1938. Y la denominé de 1938 porque es a partir de ese año que

afloja a la superficie una nueva manera, un nuevo modo de concebir nuestra vida nacional. El triunfo político de lo que pudiera llamarse un conglomerado de izquierda, no fué sino la resultante de un proceso evolutivo cuyas manifestaciones más palpables se venían haciendo presente a partir de 1920 y gracias a los esfuerzos de la generación conocida como del año 20. No es este el momento de inventariar ni caracterizar las diversas generaciones que han hecho y siguen haciendo historia en nuestra patria, pero sí podemos adelantar que todo avance político-social se corresponde con una evolución en el terreno de las artes y del desarrollo de las ideas todas. Es como si al dejar atrás una curva en el progreso de los pueblos, se extendieran de pronto ante los ojos de los contemporáneos, perspectivas insospechadas, caminos nuevos, horizontes extensos, vírgenes de toda mirada. Y como natural consecuencia, surgen nuevos conceptos, no sólo para indicar las rutas, sino también —lo que es de suma importancia— para analizar el camino recorrido, para poner al descubierto los errores, para —a la luz de una más amplia visión— desentrañar el oculto sentido, la esencia pura, el escondido perfil del fenómeno que ya es historia.

Porque la historia no sólo tiene como objeto la relación descarnada de un suceso, sino que ha de procurar los elementos de juicio necesarios a fin de permitir una interpretación que más se ajuste a los nuevos tiempos, que haga posible obtener de ella antecedentes indispensables a las nuevas circunstancias. Porque el devenir del progreso humano arrastra en su cauce torrentoso, no sólo uno sino muchos destinos y no sólo una sino muchas finalidades, las cuales a su debido tiempo y hora se hacen presente y gritan su verdad. Junto al hecho que ayer plasmó una realidad determinada, galopan los gérmenes de lo que hoy es fruto maduro o del fruto ya a punto de madurar que sólo espera el minuto histórico preciso para entregarnos su verdad, vivir su hora y hacer que cuajen en sus entrañas nuevas realidades y nuevos frutos. Pero el asunto consiste en que el historiador sea lo suficientemente sagaz como para “entender” qué

minuto preciso está marcando el reloj de la historia y cómo puede obtener de ese instante circunstancias favorables al desenvolvimiento económico-social. Y esta cualidad ha de tenerla también y principalmente el político consciente de sus deberes y de sus obligaciones para con la historia.

Ahora bien, nosotros estamos viviendo bajo el estilo de la generación del año veinte. Los errores o los aciertos del régimen que nos gobierna, no son sino la "manera", el "modo", el "sentido", con que ella concibe la historia. Pero galopando sobre sus espaldas, otra generación, la de 1938 —que trae "su" manera, "su" modo y su "propio" sentido—, se prepara y espera su oportunidad.

Por sus frutos intelectuales, por su concepción histórica, por el estilo de sus procedimientos como historiador y ciudadano, Julio César Jobet pertenece, sin duda alguna, a la generación de 1938. Se ve en la obra de Jobet no al cronista interesado en realzar la posible genialidad de tal cual clase en el ayer, sino al estudioso que examina el pasado con vistas a obtener de éste enseñanzas para el futuro. No al sobreviviente que entona el canto del cisne de lo que fué, sino al visionario que todo lo espera del mañana y que prepara su voz para la fecunda canción de los tiempos que se acercan.

Su último libro es una terrible requisitoria contra los que ya vivieron su época y aún no se convencen de que los tiempos cambian y con ellos los actores del drama histórico. Pero no es sólo eso; es también la clarinada de alerta en este incruento batallar que es la vida del hombre. Porque no sólo hemos de limitarnos a demoler lo ya envejecido, sino que es indispensable asentar los sólidos basamentos en que descansará nuestra futura grandeza.



Quien tiene una verdad que decir a sus contemporáneos, busca hacerlo retemplando sus palabras en el fuego de la pasión y puliéndolas en el molejón de la belleza literaria. Pero estamos aquí ante un hombre que si bien es cierto arde encendido en la llama de una

fe social, anhela por sobre todas las ventajas retóricas, llegar al entendimiento, tocar a las puertas de la razón, provocar en el lector un ánimo tranquilo que le permita discernir fríamente acerca del problema que se trata. Y por eso el estilo es medido y limpio y página a página y oración a oración, se van allegando antecedentes y fría e inexorablemente la verdad brilla en toda su pureza.

Sabe el escritor que no necesita impresionar a sus lectores, pues la sola enumeración de los hechos, la escueta realidad de los acontecimientos, grita en el espíritu de aquellos, mostrando la ruta a seguir y el camino de las rectificaciones.

Vivimos un momento en que parece que todos tenemos miedo de pensar con cordura, de obedecer a la razón, de creer en la verdad científica. Es esta la época de los halagos y de las mistificaciones. Es el tiempo de la inflación que no sólo gangrena nuestra economía sino que, lo que es peor aún, corroe nuestra moral y el libre desenvolvimiento del espíritu. Y por eso es tanto más meritorio el camino recorrido por este joven historiador, cuanto mayores son las tentaciones que pudieron inducirlo a dejarse llevar por la desvergonzada voz de la demagogia y de la irresponsabilidad ambientales.

Pero bajo la palabra pulcra y el concepto ponderado, se adivina la pasión de un alma que se crispa al imperativo de una fe redentora. Y es la fe en un destino mejor, es la esperanza en un mañana luminoso, radiante de justicia social, henchido de generoso sacrificio, de heroísmo, de esfuerzo y lucha en aras de un grandioso ideal libertario. Y es que el historiador busca oponer al desorden, el orden; a la anarquía, la autoridad; a la irresponsabilidad, la plena conciencia de un destino; al oportunismo y la irreflexión, el plan elaborado bajo moldes científicos.

* * *

Estamos apenas en la alborada de nuevos tiempos y la generación que ha de convertirlos en realidad e impedir que sean desvir-

tuados sus objetivos, recién comienza a entregar sus primeros frutos teóricos. A ella corresponde tener fe en su destino, confianza en lo por venir, abnegación para afrontar la áspera lucha. Y por sobre todo, perseverancia, dureza, constancia en el esfuerzo, de manera que, puesta la mano en la esteva, ya no aspire sino a abrir el ancho surco que acoja en su seno fecundo, la frágil semilla que mañana reventará en espigas de oro.

Ya he hablado del fervor de Chile. Es preciso que amplíemos este concepto y hablemos del ¡fervor de América! Porque ese ha de ser el punto de mira de nuestra generación. Inmensas llanuras, grandiosos horizontes, enormes posibilidades de progreso están esperando que nosotros corramos hacia ellos, para entregarnos la prodigiosa realidad de sus riquezas. Todo un destino como pueblo conductor del mundo, yace escondido tras el concepto de unidad americana que a nuestra generación corresponde realizar. Y hemos de hacerla por sobre banderías y distingos, a entera conciencia de que somos americanos, hijos de un mismo suelo y unidos a una misma esperanza.

Yo sé que la ruta de Julio César Jobet está orientada por esa misma estrella y que sus desvelos como historiador, hacia allá se encaminan. Y por eso escribo fervorosamente estas palabras, uniendo mi voz a los que gritan y supliendo la de aquellos que, por desgracia, callan sus inquietudes.

Sin duda alguna, nuevos frutos aportarán los desvelos de este historiador. Desde ya los esperamos ansiosos, en la seguridad de que su talento entregará esclarecedoras páginas que, por más de un concepto, iluminarán el no siempre claro derrotero de nuestro joven continente.—PABLO GARCÍA.